

Patagonia: 1978 Vivencias inéditas a 40 años
de la crisis del Beagle

Arturo Fernández Rodríguez

Magíster en Ciencias Militares (ACAGUE)

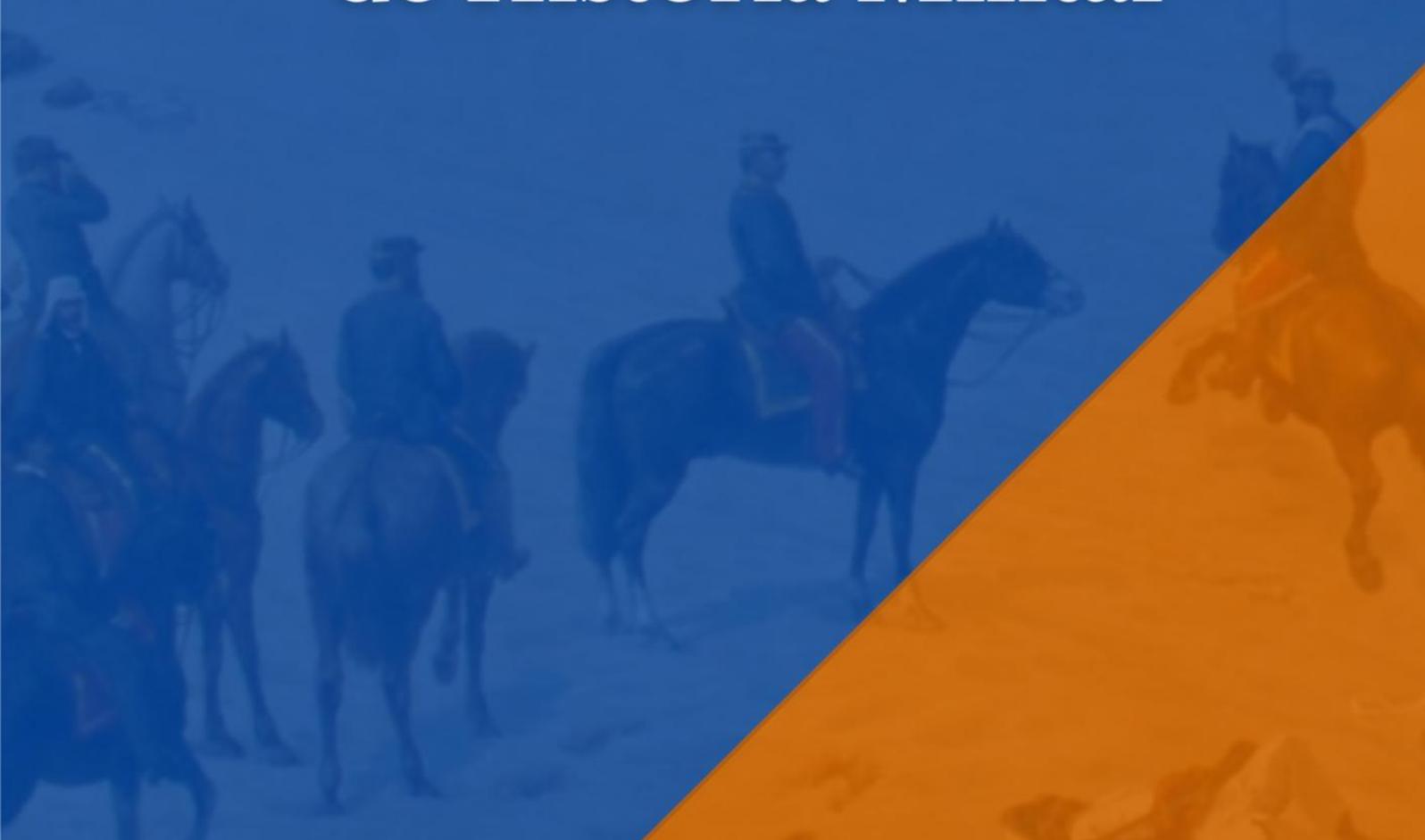
Magíster en Seguridad y Defensa (ANEPE)

Magíster en Historia Militar y Pensamiento
Estratégico (ACAGUE)



Perspectivas

de Historia Militar



PERSPECTIVAS DE HISTORIA MILITAR es una publicación orientada a abordar temas vinculados a la historia militar a fin de contribuir a la formación de opinión en estas materias.

Los artículos están principalmente dirigidos a historiadores, académicos y público general que se interesen en la historia.

Estos artículos son elaborados por investigadores de la Academia de Historia Militar, pero sus páginas se encuentran abiertas a todos quienes quieran contribuir al pensamiento y debate de estos temas.

PATAGONIA: 1978 VIVENCIAS INÉDITAS A 40 AÑOS DE LA CRISIS DEL BEAGLE

Por

Arturo Fernández Rodríguez*

* Magíster en Ciencias Militares (ACAGUE); Magíster en Seguridad y Defensa (ANEPE); Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico (ACAGUE).

Las opiniones contenidas en los artículos que se exponen en la presente publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento de la Academia de Historia Militar.

Se autoriza la reproducción del presente artículo, mencionando la Perspectiva de Historia Militar y el autor.

La dirección de la revista se reserva el derecho de edición y adaptación de los artículos recibidos.

PALABRAS INICIALES

Ha habido momentos no tan lejanos en la historia de Chile, en los que frente a pretensiones atentatorias sobre zonas geoestratégicas del territorio — pese a estar refrendado en tratados y resuelto por instancias arbitrales —, hubo que acudir a la movilización militar, a la creación de nuevas unidades, a los traslados de éstas a las zonas extremas del país, e incrementar en forma urgente el gasto en defensa.

Este año se cumplen cuarenta años de la controversia con Argentina por el cauce de las aguas en la zona del canal Beagle, crisis que llevó a nuestro país a movilizarse con el propósito de mantener la integridad territorial.

El presente trabajo permitirá dar a conocer —con elemental prudencia—, las vivencias de algunos protagonistas que constituyeron y contribuyeron en el esfuerzo bélico durante la reacción militar en la crisis de 1978 con Argentina. Lo anterior tiene relación con escribir la historia de nuestro propio tiempo —aquella historia reciente—, ya que después de casi un cuarto de siglo de ocurrido los hechos, aún falta contar la historia vivida, pues la mayoría de los actores fueron “protagonistas de primera línea” y habían sido parte de “esa historia”.

Por ejemplo, conoceremos los relatos de oficiales que recién graduados de la Escuela Militar fueron trasladados hacia algún lugar del frente de batalla; algunos suboficiales que desde la zona central del país —y junto a sus piezas de artillería— fueron transportados al escenario de guerra; jóvenes cabos de Ejército destinados a Tierra del Fuego y que una vez terminada la crisis contrajeron matrimonio, crearon una familia y permanecieron durante toda su trayectoria profesional en ese territorio insular —como aquel soldado conscripto que cumpliendo con su servicio militar en San Bernardo, fue trasladado a la zona austral y, encontrándose en las posiciones defensivas, recibió la correspondencia a través del correo militar donde su novia —hoy su señora— le escribía para contarle sobre el nacimiento de su primer hijo.

Fue así como recorriendo la zona y en mis conversaciones con todas las personas que conocí en mis años de servicio en la Patagonia, descubrí muchas historias y situaciones que harían las delicias de consumados creadores literarios.

La información fue obtenida a través de fuentes primarias, en base de entrevistas a los actores individuales que participaron en esta crisis, considerando una variada gama de integrantes de la Institución, de todos los grados y jerarquías —tanto oficiales, como suboficiales, clases y soldados conscriptos—, como también personal de Carabineros que estuvieron desplegados en dicho escenario geográfico.

El número de tropas involucradas constituía un serio desafío a las capacidades de coordinación de los mandos del Ejército. Era necesario contar con una planificación de relojería, que incluyera hasta el más mínimo de los detalles. Había que elegir los lugares más adecuados para el desembarco de los contingentes, las horas más convenientes para hacerlo, satisfacer las necesidades de transporte, equipamiento y alimentación, entre muchos otros aspectos. A ello se agregaba la exigencia prioritaria de que todos estos desplazamientos se realizaran en el mayor de los sigilos y bajo las más estrictas medidas de seguridad, por lo que la mayoría de las veces fueron realizados de noche. Más de algún civil vio por esos días a soldados durmiendo en la plaza Muñoz Gamero de Punta Arenas, agotados tras el primer vuelo de su vida, mientras esperaban ser transportados a sus posiciones definitivas.

ANTECEDENTES DEL ESCENARIO

La región magallánica, como es sabido, conforma un mosaico geográfico en el que se conjugan los elementos más variados y contrapuestos, en una ruda y abismante naturaleza. Planicies inmensas con sensación de infinitud, montañas de formas colosales y alturas de vértigo que son una expresión sorprendente de la arquitectura andina, archipiélagos dominados por la bruma eterna y campos de hielo con reminiscencias de antiguos tiempos geológicos. Un clima inestable y variable, donde señorea omnipresente el viento. Paisajes de inigualable grandeza y belleza; en fin, todo ello expresado en su conjunto en una fuerza telúrica que acaba calando en lo más profundo de sus habitantes, sean originarios, o venidos de afuera, y aquerenciados en la tierra patagónica.

La Región de Magallanes es considerada un área geográfica perteneciente a la continuidad física y humana del gran espacio patagónico, correspondiente al sector austral del continente americano. Este vértice americano, que comprende al gran hinterland de la Patagonia, es compartido por Chile y Argentina. Para Chile, la Patagonia corresponde a los sectores de Chiloé Continental y las regiones de Aysén, y Magallanes y la Antártica Chilena. Todas estas tierras bajo soberanía chilena tienen –física y culturalmente– rasgos de ser parte de este gran paisaje americano llamado Patagonia.

Los magallánicos son gente especial. Muchos afirman que, antes que cualquier cosa, son magallánicos, y que el aislamiento del centro del país los ha hecho así. Si la capital no los toma en cuenta, entonces ellos tampoco toman en cuenta a la capital. La “República Independiente de Magallanes”, la llaman medio en broma y medio en serio.

VIVENCIAS INÉDITAS DE ALGUNOS ACTORES

Recordemos que durante la época que nos convoca, en la región de Magallanes se desempeñaba como Intendente el general Nilo Floody Buxton, quien a su vez ejercía como Comandante en Jefe de la V División de Ejército y de la Región Militar Austral. Al referirse a la tensión con Argentina, el general Floody señala:

“Después de largos meses se dio término a la organización defensiva del Teatro de Operaciones Austral Conjunto, estando en condiciones de cumplir en buenas condiciones la misión recibida del Comandante en Jefe del Ejército General Augusto Pinochet Ugarte: ‘Ante agresión de fuerzas argentinas, defenderá la integridad territorial combatiendo hasta el último hombre’.

“A partir del mes de diciembre, las fuerzas terrestres, navales y aéreas del teatro ocupaban sus puestos de combate, teniendo la convicción más absoluta que ante el ataque de fuerzas adversarias, estaban capacitados para detenerlas y destruirlas”.

Para referirse al escenario insular y marítimo, esta autoridad señala:

“Las islas Picton, Nueva y Lennox contaban con posiciones defensivas bien organizadas, reforzadas con armas automáticas, armas pesadas y campos minados. Junto a lo anterior, misileras de la III Zona Naval patrullaban los canales australes y el Grupo de Exploración Aéreo Naval controlaba el espacio aéreo en la zona”.

“Las fuerzas terrestres contaban con sus dotaciones completas conforme al Plan de Campaña del Teatro, ocupando sus posiciones defensivas

sólidamente organizadas en los frentes de Punta Arenas, Natales y Tierra del Fuego”.

Sobre la componente aérea, Floody detalla: “El Ala N° 3 de la Fuerza Aérea, con el Grupo N° 12 de Chabunco, reforzada con los aviones del Grupo N° 4 de Los Cóndores de Iquique, del Grupo N° 9 de Cerro Moreno de Antofagasta y del Grupo N° 6 de Quinteros, estaba en condiciones de defender el espacio aéreo del TOAC y de apoyar a las fuerzas terrestres en futuras operaciones, como también a las fuerzas navales con restricciones, debido a la distancia entre Punta Arenas y el Beagle”.

Para referirse a la probable batalla naval en su jurisdicción, indica:

“La Escuadra Nacional se mantenía en sus fondeaderos de guerra al sur del Cabo de Hornos con la misión de atacar y destruir cualquier buque enemigo en aguas territoriales chilenas, lo cual significaba interceptar y presentar batalla a la Flota de Mar argentina, en caso de ingresar en aguas chilenas”.

“Además de su preparación profesional, su valentía, su conocimiento del medio en que actuarían, su motivación y su patriotismo, tenían el legado histórico de los combatientes de su pasado heroico que debían cumplir: “vencer o morir”.

El general Floody agrega también acerca la rigidez que se vivía en todos los ámbitos en la toma de decisiones, señalando:

“Desde el mes de octubre aumenta la tensión bélica en la Región Austral, pareciendo inminente una agresión de fuerzas argentinas. A partir de diciembre esta situación se hace más crítica tanto por los antecedentes existentes en el plano diplomático como en el militar. En lo diplomático, a pesar de las continuas reuniones de los cancilleres, nada se consigue. En los contactos de ambos Mandatarios, no se llega a un acuerdo al rechazar el General Videla una invitación del General Pinochet de concurrir a la Corte de Justicia de La Haya, manifestando que, si se hacía unilateralmente, lo consideraría como un Casus Belli”.

“En el ámbito militar se repiten las violaciones en aguas territoriales y en el espacio aéreo de Chile. El 12 de diciembre la Flomar navega en el Atlántico entre la latitud de las Falkland, por el norte, e Isla de Los Estados, por el sur. El día 15 se tiene la información del desplazamiento de 15.000 hombres y 200 tanques hacia Río Gallegos”.

“El día 20 al atardecer, la Flomar toma rumbo al sur, lo que podría tener como objetivo la conquista de las islas del Beagle, lo que a su vez desencadenaría la ofensiva terrestre y aérea en toda la región”.

“Consecuente con ello, el Almirante López, en conocimiento del desplazamiento de la Flomar, abandona sus fondeaderos de guerra, llegando al Mar de Drake con las primeras luces del día 20, para continuar navegando hacia el norte a una velocidad de 20 nudos, para interceptar y presentar batalla a la Flomar, si ésta invadía aguas territoriales chilenas”.

Continúa: “Si ambas Escuadras hubiesen continuado su navegación en la misma dirección y a la misma velocidad, estarían a cuatro horas de distancia de detección electrónica y a seis horas de distancia de fuego. Lo

anterior no sucedió, pues la Flomar cambió rumbo al norte, superándose con ello el encuentro en alta mar”.

“No se tiene conocimiento de las razones que motivaron este cambio, estimándose que pudo ser por los sucesivos temporales que azotaron la zona durante los días 19, 20 y 21, con grandes marejadas y fuertes vientos reduciendo la visibilidad, lo que dificultaría el empleo de los aviones desde el portaaviones y desde las bases de Ushuaia y Río Grande”.

“El día 22 nuevamente la Flomar navega hacia el sur, por lo cual la Escuadra retoma su rumbo al norte para interceptarla y presentar batalla, lo que no sucede, pues la Flomar, por segunda vez, toma rumbo al norte, evitando el encuentro con la Escuadra Nacional”.

“Posteriormente se tuvo conocimiento que este cambio de rumbo, se habría debido a que Argentina había aceptado al Papa Juan Pablo II como mediador del conflicto entre ambos países”.

Con respecto al día D, indica: “El esperado día D no llegó, por lo cual el TOAC no pudo demostrar su capacidad de combate en los frentes terrestres, navales y aéreos, defendidos por miles y miles de soldados, infantes de marina y carabineros movilizados, que durante meses permanecieron en sus trincheras; por los miles de marinos que tripulaban los buques de la Escuadra que darían la batalla naval y los miles de aviadores que, en sus aviones de combate, apoyarían a las fuerzas terrestres y navales, atacando a quienes invadieran el espacio aéreo de Chile”.

“El día D, que marcaría el inicio de la ofensiva de las fuerzas argentinas, para lo cual estábamos preparados, no llegó; pero llegó la paz. Sin embargo, si el destino nos hubiera llevado a la guerra, Chile la habría ganado”.

Una mención muy especial hace el general Floody a nuestros Carabineros que se trasladaron a Magallanes:

“para completar las dotaciones de las Unidades de la V División de Ejército, llegaron miles de Carabineros movilizados a Punta Arenas. Considerando su procedencia, se dispuso efectuar un corto período de reinstrucción de combate antes de destinarlos a las posiciones defensivas que ocupaban las unidades de la división, período que fue más corto que el previsto, pues solicitaron, a través del General de dicha institución, don José Rodríguez Bascur, que fueran destacados a los frentes de combate donde estaban las tropas, petición que fue concedida por el Comandante del Teatro de Operaciones, destinándolos a la Agrupación de Tierra del Fuego. Valiente, solidaria y patriótica actitud, que demuestra el espíritu existente en la componente de los Carabineros de Chile”.

Respecto a los Infantes de Marina, el general Floody destaca:

“Al llegar estas tropas a Punta Arenas para reforzar la Región Militar Austral, bajo el mando del Capitán de Navío Pablo Wunderlich, recibió la orden del Comandante del Teatro, entre otras, de reforzar las islas Picton, Lennox y Nueva, con un oficial y diez hombres cada una de ellas, con la misión de defenderlas ante el ataque de fuerzas argentinas, combatiendo hasta el último hombre”.

A reglón seguido, aclara:

“Con posterioridad se tuvo conocimiento que uno de los oficiales era hijo del Jefe de la Infantería de Marina, misión que podría costarle la vida. Cuando la patria está en peligro, no hay sentimiento alguno que impida defenderla”.

Mientras tanto, los vuelos nocturnos de aviones comerciales continuaban llegando a la zona austral con tropas y bastimentos provenientes de la zona central del país, los que eran trasladados en camiones aportados por los civiles, directamente, desde el aeropuerto a sus zonas de empleo en la parte continental.

En uno de estos vuelos llegó a Punta Arenas en diciembre de 1978 el subteniente José Alejandro Vergara Albarracín, recién graduado de la Escuela Militar. Cuenta el oficial del Arma de Infantería que salió destinado al Regimiento “Andalién” de Cauquenes y que sólo pasó dos días por esa ciudad a retirar la bolsa ropera con su equipo de combate.

Dice: “Viajé en Ladeco al sur y el trayecto del vuelo fue normal, pero al aproximarse a su destino, el avión hizo un tenebroso giro por sobre el Estrecho de Magallanes, aterrizando por fin en Chabunco. Hasta ahí, Punta Arenas parecía una postal. La presentación real es al abrirse la puerta del avión: un aire frío y seco se apodera inmediatamente de la cabina; luego, caminando hacia la sala de espera, el gélido viento patagónico, sello eterno de estas tierras, completaba y aún completa el saludo. Pero no hay opción, hay que aprender a convivir con él, su gélido abrazo es para siempre”.

El subteniente Vergara, al presentarse en su unidad en plena pampa, lo primero que le llamó la atención fue observar –en la penumbra de la noche y en el interior de un galpón de esquila– una figura humana de aproximadamente 1,85 mts. con manta de castilla, que correspondió ser su superior directo para esa ocasión, autoridad que lo designó comandante de un puesto avanzado de combate en el sector de Bombalot –entre Villa Tehuelches y Morro Chico, a 140 kms. al norte de Punta Arenas–. Este oficial recibió apoyo de los estancieros de la zona porque, para “mejorar el rancho”, carneaban corderos, cuyos cueros eran dejados –como es la costumbre patagónica– en la alambrada de la estancia. Este oficial regresó en 1995 a Punta Arenas con el grado de mayor para cumplir servicios en el Regimiento “Pudeto”.

Entre las unidades que conformaban la denominada Componente Terrestre, se encontraba el Regimiento de Infantería Motorizado Reforzado N°10 “Pudeto”, unidad que contaba con soldados conscriptos de la ciudad de Loncoche. Así se refiere el entonces teniente Marcelino Manríquez, que le correspondió –para ese período– desempeñarse como Comandante de la 2ª Batería de Artillería 105 mm N.A. Este oficial señala que el equipo de combate era deficiente y poco apropiado para la zona, pero que no menguaba el espíritu de cuerpo de esos ciudadanos sureños.

“Recuerdo que una mañana fría de agosto de 1978 el ambiente estaba tenso, que el Coronel del Pudeto no había recibido cuenta a la iniciación de servicio como era su costumbre, pues se encontraba reunido desde temprano con los Comandantes de las Unidades de Combate junto al Oficial de Operaciones y de Inteligencia; rodeado de cartas topográficas de la zona comunica a sus oficiales que Argentina había desconocido definitivamente el Laudo Arbitral y que a partir de ese momento, los acontecimientos tomarían otro rumbo”.

Y así pasaron los días, preparándose en el cuartel de la ciudad, hasta que el Comandante de Grupo, mayor Juan Morales, le ordenó lo siguiente: “Hoy sube a terreno, pero esta vez se lleva todo, personal, equipo, munición, vehículos y sus seis piezas de artillería. La cuadra debe quedar desocupada, lo espera el capitán Rodrigo Grunert en Sección la Vega, el cual ya se encuentra con su compañía en ese lugar”.

Manríquez entonces comunicó a su personal las órdenes recibidas por su superior e iniciaron la marcha rumbo a su destino, distante 125 kms. de Punta Arenas y a 30 kms. del límite político internacional.

Tal como se había ordenado, los dormitorios quedaron vacíos, al igual que los boxes y rastrillos. Cuando salieron del cuartel, un temporal de viento y lluvia despidió a la unidad hasta que llegaron al sector previsto, siendo recibidos por el oficial aposentador, quien los orientó para que acantonaran en las dependencias hasta el otro día. En la noche siguiente, uno de los centinelas —que se encontraba apostado— informa que en dirección al Estrecho de Magallanes se observaba una columna de vehículos que se dirigía a la posición de Sección La Vega y otra continuaba hacia Monte Aymond. Después de dos horas, llegaba el resto del Batallón de Infantería y del Grupo de Artillería.

El teniente Manríquez cuenta que esa noche fue de algarabía y que estaban todos felices por el hecho de estar reunidos como unidades orgánicas completas. El despliegue había comenzado y no se regresaría a guarnición hasta el 30 de marzo del año siguiente. Cada día que pasaba, la tensión aumentaba, acompañada de movimiento de unidades, llegada de refuerzos, despliegue de la Policía Militar, áreas logísticas, etc.

Manríquez recuerda la llegada del capellán militar, capitán Felipe Gutiérrez, quien ofició una misa de campaña en un galpón de esquila, vestido con tenida de combate, cinturón con pistola, corvo atacameño y su boina negra de paracaidista, y que su única prenda religiosa era una estola color fucsia alrededor del cuello. Que inició su prédica con la siguiente introducción: “*Soldados... mañana vais a morir por defender la patria amenazada*”. Según indicó Manríquez, pensó que ellos no tenían previsto morir al día siguiente, puesto que quienes tenían que hacerlo eran los argentinos.

Continuaban transcurriendo los días hasta que Manríquez se desplazó más cerca del LPI, a un lugar denominado “Gallegos Chico” que estaba custodiado por cuatro Carabineros, con la misión de Puesto Avanzado de Combate junto a una unidad de Infantería: “*Me llamó gratamente la atención la intachable presentación personal del carabinero que salió a recibirnos, vestido con su uniforme como el mejor de la ciudad de Santiago. El pequeño cuartel policial lucía impecable para el lugar y las circunstancias que se vivían*”.

Es así como también —formando parte de los medios de la Escuela de Infantería— llegó a la zona austral el soldado conscripto Juan Peñailillo Carrasco, quien manifestó: “*logré por fin ingresar al Servicio Militar por ‘un pituto’ ya que después de haberlo intentado dos veces no lograba acuartelarme*”. Dijo que su unidad de cañones antiblindaje de 106 milímetros fue desplegada en la zona fronteriza de La Pelecha, distante 120 kms. al noreste de Punta Arenas. Se mantuvo desde octubre de 1978 y hasta febrero 1979 en las posiciones. “*En una ocasión, para apaciguar el frío, un compañero llegó con una botella de pisco y otra de cinzano, nos preparamos un pichuncho, con tal mala suerte que a otro soldado ‘se le pasó la mano’, lo que motivó a un instructor castigar a la unidad con un ‘aporreo’*”. Finalmente, recuerda que en dicho lugar recibió

la noticia del nacimiento de su primer hijo, a través de la correspondencia que era distribuida por el servicio de correos en campaña. Actualmente, se desempeña como gáster, gracias a un curso de especialización otorgado por el Ejército, que realizó al término de la desmovilización.

Por otro lado, en la Isla Grande de Tierra del Fuego y al mando del regimiento fueguino se encontraba el entonces coronel Oscar Vargas Guzmán, quien recién terminaba de cumplir comisión de servicio en EE.UU. *“Viajé directamente desde Washington a Tierra del Fuego: primero en un avión de doscientos pasajeros hasta Santiago, después en uno de cien pasajeros hasta Punta Arenas y, finalmente, en una avioneta para cuatro pasajeros hasta Porvenir”*.

En el mismo escenario isleño y durante unas maniobras en terreno del año 1997, se comprobó la calidad de las posiciones para la infantería que se trabajaron en la época de la crisis. Para lo cual, quiero referirme a un caso en especial, el del entonces sargento primero Carlos Esparza P., comandante de una pieza de morteros 120 milímetros. Este combatiente, además de mantener su material de guerra completamente mimetizado y en condiciones de efectuar el tiro, tenía ubicados a sus soldados sirvientes en un amplio y perfecto subterráneo bajo tierra de aproximadamente cuatro metros de profundidad, compuesto de dos niveles, en cuyo piso inferior –y en uno de sus vértices– existía una chimenea hecha con un tambor de 200 litros, a objeto de mantener calefaccionada la posición y, de esa manera, sus soldados no sufrieran el “mal de trinchera”, como les ocurrió a los norteamericanos en Vietnam y a los argentinos en Malvinas.

Consultado respecto de esta materia, el ahora suboficial mayor Esparza, viviendo ya en condición de retiro de la Institución, señaló que lo aprendió en la casi guerra con Argentina en 1978, ya que por propia decisión llegó destinado desde la Escuela de Infantería al Regimiento "Caupolicán" en el año 1977. Así que le correspondió vivir como joven clase –recién egresado– la crisis vecinal en la unidad de Infantería más austral del Ejército de Chile.

En dicho regimiento, fue asignado a prestar servicios en la 2da. Compañía de Fusileros y ésta estaba conformada por soldados conscriptos de la ciudad de Osorno, quienes habían sido reclutados en el mes de abril de 1977.

En ese entonces, el regimiento contaba con un Batallón de Infantería conformado a base de dos compañías de Fusileros, una compañía de Morteros, una compañía de Plana Mayor y Logística y, finalmente, una Compañía Logística Independiente.

“Durante los años 1977 y 1978 se realizó bastante instrucción en terreno desarrollando todos los periodos en forma íntegra, además de constantes ejercicios de Alistamiento Operacional, marchas a pie con y sin equipo, instrucción a los reservistas de Porvenir y juegos de guerra, que se realizaban con todo el personal del regimiento, donde los comandantes de la Unidad de Combate, Unidades Fundamentales y Comandantes de Secciones, exponían situaciones que se planteaban para emplear sus unidades en la Isla”.

El regimiento no contaba con vehículos para la movilización y cuando hubo que desplazarse a la frontera, se requisaron los camiones existentes en la ciudad para ocuparlos en el traslado del personal.

Durante el primer semestre de 1978 se realizaron constantes reconocimientos a la zona de empleo de la unidad y en terreno se le daban a conocer las misiones a cada comandante. Como el frente de combate del regimiento era demasiado amplio, se organizaron agrupaciones que tenían sectores para defender de acuerdo a la misión de la unidad.

En el mes de junio de 1978, el regimiento se desplazó hacia la frontera con Argentina, para ocupar las posiciones que se habían asignado conforme a la planificación y a los juegos de guerra realizados en el cuartel. *“Me correspondió cubrir el lado sur de la Sección Río Grande con una agrupación de quince soldados conscriptos y el respectivo armamento. Tenía dos lanzacohetes Instalaza de fabricación española y dos piezas de ametralladoras Rheinmetall alemanas, aparte del fusil que le correspondía a cada combatiente”*.

Como la distancia del lugar donde se encontraban hasta las casas de la Sección Río Grande era de siete kilómetros aproximadamente, optó por pedir los víveres en crudo y cocinar ellos mismos en el lugar en que se hallaban; para ello ocuparon tarros de manteca, unos artefactos cuadrados grandes que eran comunes en ese tiempo. En ese sector, lo primero que realizaron fueron las posiciones defensivas. Para ello contaban con herramientas de buena calidad, por lo tanto, las casamatas que se hicieron eran verdaderas viviendas donde dentro de las cuales había espacio para cocinar, dormir y mantener el armamento en condiciones de ser empleado cuando se ordenara.

El suboficial mayor Esparza visitó las posiciones en diciembre del 2006, junto con su señora y sus dos hijos, y señala que todavía estaban en condiciones de uso, ya que como la zona es muy boscosa, fue así que en ese período emplearon buenos rollizos para hacer las posiciones, tanto en la parte superior como a los costados de éstas.

“En ese lugar permanecimos desde el mes de junio de 1978 hasta fines de enero del 1979, y en este sentido recuerdo que la moral del personal que estaba bajo mi mando era positiva, ya que en ningún momento nadie manifestó miedo ni preocupación por su familia, solamente el desafío que nos impusimos fue tener una buena posición defensiva y mantener operacional el armamento que se tenía de cargo y el que nos iba a servir para la defensa de nuestro territorio”.

En el mes de octubre de ese año, le correspondió hacer un relevo en un sector cercano a una estancia fronteriza, a 800 metros del límite político internacional, como puesto avanzado, con la misión de observar los desplazamientos que realizaban las tropas argentinas en ese sector e informar por radio al Comandante de la Compañía, quien tenía su puesto de mando en las casas de la Sección Río Grande. Esta misión se cumplía vestido de civil, los desplazamientos eran a caballo, realizando una actividad de puestero en dicha estancia, siempre acompañado por el titular, quien era el baqueano de la zona:

“En varias ocasiones conversé con soldados argentinos quienes solicitaban alimentos, cigarros y yerba mate, y pude apreciar que la moral no era tan buena como la nuestra”.

Continúa: *“La única ocasión en que sentí algo de temor fue en momentos cuando me encontraba pescando en el río, justo donde pasaba el límite, ya que sorpresivamente llegó por mi espalda un soldado argentino de planta, quien desde el otro lado del cerco me consultó ‘¿che, cómo está la pesca?’; indudablemente que le respondí y conversé un poco, siempre caminando por la orilla del río y realizando lances del anzuelo, hasta que logré separarme de él”*.

El temor de Esparza era que hacía poco tiempo personal de gendarmería del país vecino había apresado al puestero de la estancia, porque estaba reparando el cerco que separa ambos países. Después de tenerlo como una hora en su territorio, lo soltaron.

En el mes de noviembre fue relevado en ese puesto por otro militar y volvió a su posición al lado sur de la Sección Río Grande. En el sector de Estancia Vicuña, se encontraba un cabo que cumplía las mismas misiones.

Además, en los primeros días de noviembre llegan a reforzar sus posiciones catorce carabineros desde Santiago, a quienes les realizaron instrucción de ametralladoras y lanza-cohete. De este personal solamente un carabinero presentó problemas de moral y fue retirado por el Comandante de Compañía, el resto se acomodó rápidamente a la situación de guerra que se estaba viviendo. Esa noche, Esparza se enteró que la Escuela de Suboficiales de Carabineros había sido movilizada a la isla para apoyar al regimiento.

Esparza continúa su relato, diciendo que para Navidad fueron visitados por el General de la División y el comandante del regimiento, autoridades que les llevaron de regalo una bolsa navideña que contenía confites, chocolates, cigarros, tarros en conserva, un pollo, bebidas y víveres en general. Para el personal de planta se agregaban dos botellas de vino:

“Durante la noche de Navidad nos reunimos todos en el bosque, un carabinero preparó dos corderos asados, los pollos fueron cocinados a la olla, el personal de planta aportó parte del vino y los soldados colaboraron con los tarros en conserva para el ponche y así pasamos una linda “Nochebuena”. Hubo momentos en que parte del personal se emocionó, principalmente tres sargentos de Carabineros que eran casados y tenían hijos; sin embargo, entre todos les dimos ánimo y la moral se recuperó rápidamente”. Para el Año Nuevo, las actividades fueron casi similares.

En los primeros días del mes de enero se organizó una unidad a base de cuarenta hombres para constituir una posición avanzada en el sector limítrofe de Pampa Guanaco, distante a 30 kilómetros de la Sección Río Grande. Un día, a las 23.00 horas, se inició una marcha a pie a ese lugar, con equipo completo y dotación de munición para dos días, más elementos de rancho; dentro del armamento llevaban dos piezas de ametralladora y dos piezas de mortero 81 mm., llegando al punto término de marcha a las 08.00 hrs. De inmediato iniciaron los trabajos de tierra y de emplazamiento de las piezas, mientras dos soldados preparaban el desayuno y organizaban la parte logística; en ningún momento alguien decayó ni presentó problemas médicos ni de moral, pese a que la marcha fue realmente dura.

Cerca de las tres de la tarde pasó un arriero con un rebaño de vacunos por el sector. Un soldado le solicitó un animal en broma; sin embargo, el arriero les regaló dos vacunos manifestándoles que antes que se los comieran los argentinos, prefería alimentar a los soldados chilenos. Incluso les entregó uno faenado.

Los días siguientes en esa posición defensiva fueron realmente duros ya que faltó alimentación: “Logramos superar esta deficiencia buscando huevos de caiques; frutos de lenga y pesca de truchas en el río. Mi agrupación tenía una radio portátil pequeña que funcionaba con dos pilas y la encendían solamente para escuchar noticias. El día que se informaron del acuerdo de paz entre los cancilleres fue todo alegría y llanto de felicidad. Recién en ese momento me di cuenta de lo cerca que estuvimos de la guerra.”

Luego de pasados los días, se devolvieron a la Sección Río Grande, lugar en el cual se encontraba el resto de la compañía y pudo reencontrarse con

los instructores y soldados de la unidad, que, pese a estar en la misma zona de acción, habían pasado meses sin haberlos visto.

En relación a la evacuación, los primeros en abandonar la zona fueron los carabineros, pues llegó un camión como a las diez de la noche y a la una de la madrugada regresó con ellos a Porvenir, ya que durante la madrugada debían tomar la barcaza para cruzar el estrecho hacia Punta Arenas, para luego abordar el avión que los llevaría de regreso a Santiago, a la Escuela de Suboficiales de esa institución. Como estos movimientos fueron rápidos, se quedaron dos carabineros en el interior de Pampa Guanaco, los que no alcanzaron a llegar a la Sección Río Grande. Ellos fueron evacuados posteriormente.

En ese mismo lugar permanecieron reunidos con toda la compañía en espera de algún medio motorizado para regresar a Porvenir, ya que la unidad no tenía medios motorizados de transporte. Para pasar el tiempo, organizaron campeonatos de fútbol y de pesca.

Pasaron aproximadamente una semana en estas actividades, hasta que un día llegaron camiones y pudieron regresar a Porvenir. Todo fue normal durante el viaje, hasta cuando se llegó a la entrada de la ciudad donde descendieron de los vehículos e iniciaron una marcha a pie hasta el regimiento con la banda instrumental a la cabeza y la gente cantando los himnos que entonaban los músicos. “El pueblo de Porvenir salió a las calles y con banderas chilenas fuimos recibidos hasta llegar al patio principal del querido Cuartel del Caupolicán”. Los ocho soldados oriundos de Porvenir, fueron licenciados de inmediato. Aquellos provenientes de Osorno fueron despachados en el mes de abril de ese año.

Reitera Esparza que los soldados conscriptos nunca presentaron problemas de disciplina ni de moral y siempre tenían una predisposición para cumplir cualquier misión que se les encomendaba, lo que se comprueba que, bajo esta crítica situación, la obediencia fue uno de los factores destacables en el comportamiento del personal a su cargo.

En cuanto al abastecimiento de rancho, munición y elementos de ingenieros, se realizó sin interferencias hasta las casas de la Sección Río Grande. Desde ese lugar a las posiciones se presentaron problemas, ya que, como no se tenía vehículos, se acarrea dicho material a pie.

Al término de la entrevista, el suboficial mayor Esparza manifestó: *“Recordar estos hechos me ha costado lágrimas de emoción al recordar este episodio de mi vida, muchas veces he conversado el tema con personas que vivieron esta situación y no había sentido tanta emoción al referirme a esta crisis”*.

Otro interesante testimonio en tierras fueguinas corresponde al soldado conscripto Gregorio Norambuena Díaz, quien ingresó al Servicio Militar en el Regimiento de Infantería N° 11 "Caupolicán", con fecha 1° de abril de 1977 y salió licenciado el 30 del mismo mes de 1979. Este soldado dijo al autor que después de un año y dos meses de instrucción se les enseñaron todas las acciones tácticas, además de muchos ejercicios de alistamiento operacional. Encontrándose un día al interior del cuartel, escuchó el sonido de la trompeta con llamado para reunión de tropa. *“Llegamos todos a formar al patio – 430 soldados en total—esa era la dotación en aquel año”*.

Fue encuadrado como fusilero en la 1ra. Sección de la 2da. Compañía. El motivo de la reunión de tropa fue de carácter informativo, donde el segundo comandante

comunicó a todo el personal del regimiento que la situación era crítica en el país, y más aún en Porvenir, por ser ciudad fronteriza con Argentina y que pronto iban a empezar a llegar más tropas. Respecto al arribo de éstas, dice que no lo presenció en el cuartel porque todos los soldados de su unidad fueron llevados en un camión civil, con todo el equipo de combate, a la zona denominada Sección Río Grande, en el lado chileno. Recuerda que las primeras semanas estuvieron en carpas, en un invierno con lluvia y, a veces, mucha nieve.

Al ser los primeros en instalarse en ese lugar, le correspondió desempeñarse de rancharo y pudo presenciar la llegada de militares provenientes del norte del país quereforzaban las tropas del regimiento, y que los primeros fueron carabineros: *“Como Soldado me preguntaba que hacían los policías, si lo que se necesitaba eran militares ya que estaba a punto de declararse la guerra, pero estos carabineros pasaron a formar parte de las tropas del regimiento”*. Luego, a los pocos días y siempre de noche, se incrementaba la cantidad de personal llegado desde otros regimientos, Norambuena no creía lo que estaba viviendo, pues también llegaron Infantes de Marina. Dice que al final estaban llenos de carabineros, marinos y militares —entre ellos ingenieros y telecomunicadores—.

La nota de preocupación fue la llegada de oficiales de la Academia de Guerra, quienes se hicieron cargo de las diferentes compañías. Con el arribo de toda esta tropa se empezó a distribuir el personal para trabajar en trincheras y posiciones, el personal de ingenieros minó muchos sectores y colocaron cargas a un puente sobre el Río Grande.

De esa forma, pasaron los días hasta que llegó el día crítico y el coronel se despidió de la tropa; en ese momento, tomó conciencia de lo que pasaba y por, qué no decir, "llorar". Las lágrimas corrieron por sus ojos y los de sus compañeros de escuadra, de un cabo y un sirviente, los que partieron rumbo al lugar del frente de combate. Uno a uno, durante la noche, se iban despidiendo. En cada trinchera quedaba un soldado con su fusil y sus municiones, pero no recuerda cuanto tiempo estuvieron en esa posición de combate, aunque fue bastante y todas las noches continuaban despidiéndose de trinchera en trinchera: *“Por si se armaba la guerra, hicimos un compromiso para aquel que quedara vivo le diera una sepultura digna al fallecido, como un sentimiento de pertenecer a los demás”*.

Después de pasar por aquellas críticas noches, dice que fue una alegría tremenda cuando se les comunicó que se había firmado como un tratado de paz. Al poco tiempo pudo estar de nuevo en el patio principal del regimiento y ser licenciado junto al resto de sus compañeros. No lo podían creer, sólo eran ocho soldados de Porvenir. Cuando salió por el frontis del cuartel volvió a llorar, quizás de alegría, pero con una pena de dejar su regimiento.

Finalmente, hoy está casado, tiene cuatro hijos y muchas veces dice que le cuenta a ellos su experiencia, pero que sólo él la puede sentir en lo más profundo de su ser.

Si el soldado conscripto Norambuena señaló que fue trasladado junto a otros compañeros al sector Sección Río Grande en un “camión civil” puesto al servicio del Ejército, mucho tiene que decir el ex alcalde de la Ilustre Municipalidad de Porvenir, don Fernando Callahan Giddings, autoridad que en ese período colaboró con el esfuerzo bélico del país en aquella pequeña localidad fueguina aislada del resto del territorio nacional.

Callahan se recibió como Técnico Agrícola en el mes de octubre de 1978 y alcanzó a trabajar algunos meses como faenero en el entonces Frigorífico Catef —hoy Patagonia— inspeccionando canales de ovino para luego pasar a ser Secretario de la Administración. Una vez que “se le terminó la pega” en el frigorífico, hizo un reemplazo como secretario en el denominado Sindicato de Dueños de Camiones de Porvenir (SIDUCAP), llevando

la contabilidad a los asociados y asignando los camiones que requería el frigorífico, tanto para trasladar productos cárneos a Punta Arenas, como para abastecer de ovinos a la planta. Agrega Callahan que, en su función de secretario de ese sindicato, el comandante del Regimiento Caupolicán se contactaba con él para instruirlo a diario respecto al otorgamiento de camiones para la unidad militar, a objeto de trasladar efectivos del Ejército y Carabineros que llegaban a reforzar el territorio isleño.

Recuerda que se había coordinado con el jefe militar poner a disposición sólo el vehículo, y que el conductor y el combustible eran puestos por el Ejército. En una ocasión, un transportista de apellido Cuevas, muy molesto, manifestó: “*Está bien, antes que me requisen el camión lo voy a facilitar, pero yo manejo*”. El caso es que efectivamente manejó, pero sólo hasta que llegó al regimiento, porque ahí lo vistieron de militar y —al igual que el resto de la tropa— fue transportado en la camada de su mismo camión al frente de combate.

Como anécdota, Callahan cuenta: “Muy enamorado de mi actual señora, solicité hora con bastante antelación al Registro Civil de Porvenir para contraer matrimonio el 28 dediciembre de 1978. Debido a la tensión con Argentina en ese período, el oficial civil no se atrevía a otorgarme fecha para concretar la celebración “por lo que pudiese ocurrir”, ya que resultaba casi irracional que alguien estuviese pensando en casarse, pues por esos días se practicaban ejercicios de alistamiento para la población civil, como cortes de luces domiciliarias y alumbrado público, abastecimiento de velas, de agua mineral, de harina y chocolates. Finalmente se casó en esa fecha y con Odette han cumplido más de cuarenta años de feliz matrimonio. Actualmente se dedica al turismo, administrando sus propias cabañas en el sector del Lago Blanco, en la misma Tierra del Fuego.

En diciembre del año 1978, ambos lados de la Patagonia se preparaban para lo peor. Los dueños de esas estancias, sin protestar, cooperaron con la alimentación de los soldados y vieron transformarse sus galpones de esquila en polvorines e instalaciones logísticas, desde las cuales salían todas las noches las columnas de acarreo que transportaban los abastecimientos hacia el frente, donde se encontraban las posiciones más adelantadas.

El historiador magallánico Mateo Martinic Beros recuerda que el mutismo oficial respecto al conflicto se había mantenido con éxito durante meses --la prensa de la época no registró, ni por si acaso, los evidentes movimientos de tropas--. Existía una disciplina de información por parte de los medios de comunicación nacionales.

También desde la ciudad de Cauquenes llegó a la zona el entonces cabo 1º Luis Pardo Millán. Señaló al autor que en esa fecha se encontraba casado con un solo hijo de un año de edad. En su condición de conductor de vehículos motorizados, le dispusieron partir al sur junto con otros ocho clases para trasladar camiones a Punta Arenas. Se embarcó en Talcahuano en el vapor “Lago Lanalhue”, pero en vez de tomar rumbo al sur, el barco navegó a Valparaíso para embarcar otros vehículos que habían sido reparados para ser llevados a la zona del conflicto:

“Me dieron la orden de partir al sur, pero previo a salir de Cauquenes tenía que avisar a mi señora, quien se encontraba con nuestro hijo Esteban en control médico, así que decidí dejarle una nota pegada en el refrigerador que decía ‘no se para dónde voy ni sé si regreso’”.

Una vez en Punta Arenas, lo asignaron a un sector cerca de Morro Chico, siempre como conductor de camión. En marzo de 1979, y una vez bajada la tensión con los argentinos, habló con sus superiores para solicitar destinación al Regimiento de Infantería N° 11 “Caupolicán” en Tierra del Fuego, unidad en la cual permaneció hasta el final de su carrera obteniendo

el grado de suboficial mayor. Las tropas de refuerzo continuaron llegando, y a las del “Caupolicán” se sumaron 300 carabineros provenientes de la Escuela de Suboficiales de esa institución.

Uno de estos carabineros era el entonces teniente Francisco Ilabaca, quien se desempeñaba como oficial instructor de la Escuela de Suboficiales. El Director de ese Instituto dispuso el día 13 de diciembre su embarque al sur, junto a su sección. Ilabaca se embarcó en el primer avión que estaba disponible. Arribado en Punta Arenas, fue trasladado al día siguiente en barcaza a Porvenir, a través del Estrecho de Magallanes. De inmediato continuó viaje a la Sección Río Grande y su jefe superior era el coronel Oscar Vargas, comandante de las fuerzas militares en Tierra del Fuego.

El teniente Ilabaca señala lo siguiente: “Además de mis treinta carabineros, me fueron asignados otros treinta soldados conscriptos y procedimos a preparar trincheras en un sector de veinticinco kilómetros de extensión. Nuestro equipo era el de campaña habitual, consistente en sacos de dormir y raciones de combate para pocos días. Pronto, éstas se agotaron y hubo necesidad de acudir al ingenio que el estado de necesidad produce. El apoyo de los lugareños fue absoluto y logramos alimentarnos con corderos, con la única condición de dejar los cueros en las cercas. Diversificamos la dieta con caiques o gansos salvajes, truchas que fueron pescadas con anzuelos hechizos, manteca de cordero con sal de costa y postre con frutas silvestres”.

Añade: “Las condiciones fueron muy severas. Llegamos a la zona de nuestro despliegue en camiones de transporte de ganado en medio de lluvia y nieve. El sector era realmente una planicie y fue necesario excavar trincheras de dos metros de profundidad, por lo menos”.

Ilabaca agrega: “Era urgente mantener el alto la moral del personal y es por eso que se construyeron puestos de observación lo más confortables posibles con alfombras de cuero de ovejas, con chimeneas dispuestas de tal manera que el humo se difumara y no se levantara en columnas”.

A reglón seguido, este oficial de Carabineros dijo que estaba prohibido hacer fuego, usar encendedores o cualquier elemento de esa naturaleza: “Instalé en mi trinchera una ducha caliente con cañerías encontradas en diversos galpones abandonados, que permitieron llevar el agua hasta un tambor y, de éste, descender a un lugar apropiado”.

Uno de los subalternos de Ilabaca en ese sector de la isla era el cabo de Carabineros Manuel Morales Irrázabal, proveniente también de la Escuela de Suboficiales y con el curso de combatiente básico ya realizado. Arribado a la zona austral en un carguero LAN de madrugada, señala: “La proximidad de los eventuales adversarios nos hizo prepararnos para enfrentar avances blindados; me correspondió manejar un lanzacohetes LOW que por sus características destructivas debía ser operado a menos de cincuenta metros del objetivo”. Continúa diciendo: “Vivíamos en las trincheras y era común ver helicópteros artillados sobrevolando la línea de frontera. A la segunda semana de haber llegada a la zona nos trajeron algunas ametralladoras calibre 7,62 milímetros, además de munición, frazadas, revistas y cigarrillos. Había un servicio de avanzada por turnos de ocho horas para prevenir tempranamente un avance del adversario”.

Morales recuerda que la mayoría de los oficiales militares actuaron bajo apodos, de tal manera que sus recuerdos no son muy nítidos.

En el sector noreste de la isla se encuentra la localidad de Cullén, campamento petrolero donde llegó otra agrupación de Carabineros provenientes de la Escuela de Suboficiales, entre este personal se encontraba el cabo 1º Manuel Aguilera Barrientos. Recuerda que cruzó el Estrecho de Magallanes en la barcaza “Melinka” y en una accidentada navegación llegó a Porvenir, para hacer una corta estadía en el Regimiento Caupolicán e inmediatamente fue transportado en camión a la localidad ya mencionada. *“Junto a otros compañeros quedamos albergados en galpones de esquilas”*.

En el frente de Puerto Natales, formando parte de un grupo de nueve oficiales recientemente egresados de la Escuela Militar, llegó a esa ciudad el subteniente Juan Luis Martin Quintana, quien recordando ese período señala:

“Junto al resto de mis compañeros, me presenté en el regimiento el 21 de diciembre de 1978, me entregaron un poco de vestuario, armamento e inmediatamente me trasladaron al frente de combate ubicado en la localidad de Casas Viejas, distante 14 kilómetros de la ciudad. Llegué de noche sin conocer previamente la zona y un oficial más antiguo me dispuso que me recibiría de un Escuadrón de Reservistas y que lo hiciera mañana, porque toda la tropa estaba en sus trincheras. Por un momento pensé que era una ‘picada de alférez’, pero no fue así”.

Añade: “Logré descansar en mi posición defensiva algunas horas y al día siguiente visité los lugares de mi unidad y pude comprobar que los reservistas, la gran mayoría voluntarios, estaban ‘en pie de guerra’, listos para defender el territorio y, por otra parte, observaba a no menos de seiscientos metros las tropas argentinas listas para una probable ofensiva en ese frente.”

Agrega Martin: “El armamento era muy precario y entre este material se contaba con tres F.A. Reihmetall, fusiles SIG, FAL, algunas granadas de mano POI y que, en los días posteriores, un oficial de una unidad de ingenieros “repartió” minas antipersonales para ser sembradas al frente de cada posición defensiva. Esto fue una medida de urgencia, llámese improvisación o no sé qué, pero la situación así lo ameritaba. Lo complicado fue que en el mes de abril se inició el proceso de desmovilización y a esa fecha nadie conocía el lugar exacto donde había sembrado la mina AP”.

Finalmente, el actual coronel Martin, ya en condición de retiro, recuerda con lujo de detalles ese período y dijo que lo vivido en la situación descrita le sirvió como experiencia profesional durante su extensa trayectoria como oficial de Ejército.

PALABRAS FINALES

Deseo que el olvido no sepulte el notable esfuerzo de miles de compatriotas y actores que jamás buscaron protagonismo o demandaron reconocimiento a un actuar que lo merecía. La carencia de material, armamento y equipo, se reemplazó por iniciativa, audacia, planes alternativos, constante entrenamiento y una apresurada, pero efectiva movilización.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Tesis en la cual el autor del presente trabajo, obtuvo el grado académico de Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico en la ACAGUE, año 2009 “La reacción militar de Chile en la crisis de 1978 con Argentina: Comportamiento del potencial humano a la luz de sus vivencias”.
2. Peri Fagerstrom René, “La Policía chilena en situaciones de emergencia, desde la Independencia hasta las tensiones internacionales de 1978”, Colección Obras Biblioteca Instituto Superior de Ciencias Policiales de Carabineros de Chile.
3. Testimonio manuscrito del general Nilo Floody Buxton, denominado “Preparados para rechazar agresión argentina”.